

EL ROSTRO HUMANO DE DIOS

7 de Junio de 2020

Evangelio según JUAN 3, 16-18

Dijo Jesús a Nicodemo:

- Porque así demostró Dios su amor al mundo, llegando a dar a su Hijo único, para que todo el que le presta su adhesión tenga vida definitiva y ninguno perezca. Porque no envió Dios el Hijo al mundo para que dé sentencia contra el mundo, sino para que el mundo por él se salve. El que le presta adhesión no está sujeto a sentencia: el que se niega a prestársela ya tiene la sentencia, por su negativa a prestarle adhesión en su calidad de Hijo único de Dios.



Pocas frases habrán sido tan citadas como esta que el evangelio de Juan pone en labios de Jesús. Los autores ven en ella un resumen de lo esencial de la fe, tal como se vivía entre no pocos cristianos a comienzos del siglo II: *«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único»*.

Dios ama al mundo entero, no solo a aquellas comunidades cristianas a las que ha llegado el mensaje de Jesús. Ama a todo el género humano, Dios no es propiedad de los cristianos. No ha de ser acaparado por ninguna religión. No cabe en ninguna catedral, mezquita o sinagoga.

Dios habita en todo ser humano acompañando a cada persona en sus gozos y desgracias. Jesús le veía cada mañana

«haciendo salir su sol sobre buenos y malos».

Dios no sabe ni quiere ni puede hacer otra cosa sino amar, pues en lo más íntimo de su ser es amor. Por eso dice el evangelio que ha enviado a su Hijo, no para *«condenar al mundo»*, sino para que *«el mundo se salve por medio de él»*.



Este Dios sufre en la carne de los hambrientos y humillados de la tierra; está en los oprimidos defendiendo su dignidad, y en los que luchan contra la opresión alentando su esfuerzo. Está siempre en nosotros para «buscar y salvar» lo que nosotros estropeamos y echamos a perder. Dios es así.

¿Para qué sirven los discursos de los teólogos, moralistas, predicadores y catequistas si no despiertan la alabanza al Creador, si no hacen crecer en el mundo la amistad y el amor, si no hacen la vida más bella y luminosa, recordando que el mundo está envuelto por los cuatro costados por el amor de Dios?

Aquellas personas que son de distinta cultura y procedencia se mezclan a nuestra propia realidad social. Es preciso ahondar la acogida hasta que quede contra las cuerdas todo racismo, cualquier xenofobia o el más pequeño rechazo a quien es de otro lugar. El vocabulario, las actitudes, los comportamientos cotidianos, han de ser revisados desde esta perspectiva.

HABLAME DE DIOS

Dije al almendro: hálame de Dios
y el almendro floreció,
Dije al pobre: hálame de Dios,
y el pobre me ofreció su capa.
Dije a un pequeño: hálame de Dios
y el pequeño sonrió.
Dije a la fuente: hálame de Dios
y el agua brotó.
Dije a mi madre: hálame de Dios
y mi madre me dio un beso en la frente.
Dije a la gente: hálame de Dios
y la gente me aceptó y me ayudó.
Dije a la Biblia: hálame de Dios
y la Biblia me mostró su interior.
Dije a Jesús: hálame de Dios
y Jesús me mostró su vida..
Dije al sol poniente: hálame de Dios
y el sol se ocultó sin decir nada.
Pero al día siguiente, al amanecer,
Cuando abría la ventana
ya me volvió a sonreír.

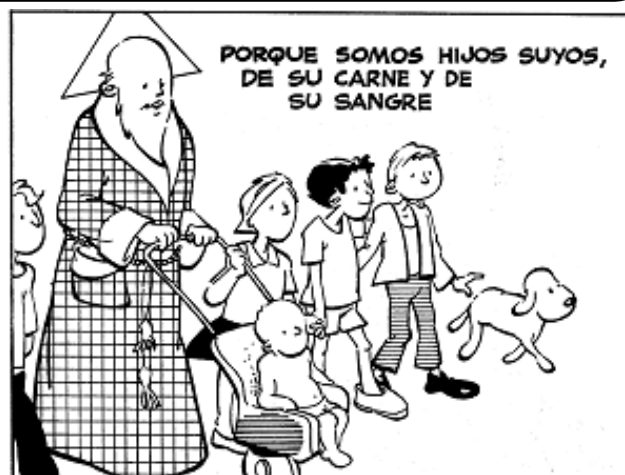
SABOREAR A DIOS

Cuando hablamos de Dios tenemos que recurrir necesariamente al mundo de la experiencia, propia y ajena. Nos faltan las palabras y aún sin querer usamos símbolos; no podemos ofrecer fotos ni dibujos de Dios y nos servimos de imágenes aproximativas a un Misterio que nos envuelve y a la vez nos desborda. Es una presencia y una realidad que, cuando se ha hecho vida, no se olvida, porque no es una «lección aprendida», sino una parte viva de lo que somos y sentimos. Por eso, más que «saber sobre Dios», lo que necesitamos es «saborear a Dios».

El ser humano no obtiene plenitud y vida por la observancia de una ley externa impuesta, sino por la capacidad de amar, que completa su ser. Solo con hombres y mujeres dispuestas a amar hasta el fin puede construirse la sociedad verdaderamente humana. Estas serán personas libres que dejen atrás el pasado para empezar de nuevo, no ya encerrados en una tradición, nacionalidad o cultura. Su vida será la práctica del amor-solidaridad, la entrega de sí mismas con la universalidad con que Dios ama a la humanidad entera. Una sociedad basada en la ley, que no cambia al individuo y no en el amor, será siempre opresora e injusta.

En el fondo, se trata de tener fe en las posibilidades del ser humano y en la inmensidad del amor de Dios.

Juan Mateos S.J.



PARA REFLEXIONAR

- ✓ ¿Siento la llamada de Jesús?
- ✓ ¿Ha transformado mi forma de vida?
- ✓ ¿Cómo vivo el amor de Dios?